

enemigo de la guerrilla, la traición. Una vez la sufrió, pero fué de un francés, supuesto desertor enrolado únicamente con este fin, que no pudo lograr sus propósitos por la severa vigilancia de Palarea y por la fidelidad a toda prueba de sus hombres. Contra los que formaban el cuarto grupo antes señalado, los ambiciosos que terminaban siendo infames bandidos, lucharon también los guerrilleros y, Palarea, lo mismo que Mina, Porlier o el Empecinado se declaró abiertamente enemigo y enemigo encarnizado de toda partida dedicada al robo y de aquellos que no reconociendo su autoridad campeaban en el territorio por ellos elegido para su actuación.

Siguiendo las instrucciones que tenía de sus jefes militares, el Médico permitió al coronel Lejeune que escribiera al mariscal Berthier y a otros jefes franceses de Madrid exponiendo su prisión y la posibilidad de ser canjeado por otro español. Estas cartas abiertas fueron enviadas a la corte del rey José. Después, como el frío era intenso, dió una vieja capa de pastor abulense a Lejeune y, conforme a lo que tenía ordenado, le envió al día siguiente a la provincia de Salamanca, al cuartel de don Julián Sánchez, con una escolta de doce hombres a los que encargó que le trataran con «distinción». La despedida del médico guerrillero y del coronel francés fué amistosa. Palarea le prometió seguridad en su viaje y que las cartas de contestación de Madrid las recibiría en el cuartel general español, por lo que no tardaría en lograr su libertad. Lejeune en sus Memorias deja traslucir su admiración y simpatía, en un constante elogio del guerrillero de quien había sido huésped breves días y del que destaca que en los intervalos de su constante pelear se convertía en un hombre sencillo, culto, ingenioso y hablador.

Y aquí termina la aventura y encuentro de Lejeune y Palarea. Años más tarde el ya general Lejeune al escribir sus Memorias y recordar su estancia junto a los Numantinos expresaba su admiración hacia el caudillo generoso con quien había convivido escasos días. Paso a paso puede reconstruirse la vida de los Franco Numantinos en los días que el ayudante de campo de Berthier pasó a su lado, aunque algún autor, enemigo político años más tarde del por entonces diputado Palarea, como lo era el conde de Toreno, tratara inútilmente de paliar este glorioso hecho, escribiendo que Lejeune había «representado el lance con presumido pincel y valiéndose de la licencia que se concede a los pintores y a los poetas».

No exageró, si cabe hubo disminución por parte de Lejeune de los

